

Una Interpretación

27-IV-88

Los Mochis, Puebla, Aeroméxico

POR LORENZO MEYER

LA semana pasada, tres hechos parecieron sintetizar la problemática nacional: la crisis de Aeroméxico, el asalto bancario en Los Mochis y el discurso en Puebla del candidato del PRI a la Presidencia.

Porque la quiebra de la gran empresa aérea estatal puso de manifiesto, dramáticamente, la quiebra de algo mayor: del papel hecho hasta ahora por el Estado dentro del modelo de economía mixta que creó el régimen posrevolucionario. La falla central de ese modelo no eran tanto sus premisas teóricas, sino su puesta en práctica. En su acción cotidiana, los dirigentes de las empresas estatales y sus contrapartes sindicales subordinaron sistemática e irresponsablemente el interés general a sus intereses personales, hasta agotar el modelo. Ahora todos pagaremos las consecuencias, sin haber sido todos los responsables.

★

POR otra parte, en México, el asalto a una sucursal bancaria ya no es noticia sino rutina, pero el de la semana pasada en Los Mochis se salió de lo común. La forma en que una multitud de espectadores se interpuso entre asaltantes y autoridades para ayudar a escapar a aquéllos, es un hecho inusitado que nos debe llamar la atención. Lo ocurrido en Sinaloa quizá sea indicador del avance de la descomposición de la moral social en ciertos grupos; de la aparición de la anomia, es decir, de la ausencia de normas sociales legítimas, efectivas y generadoras de cohesión social. No es aceptable, pero desgraciadamente sí explicable que, al final de un asalto vulgar y cruento, los asaltantes pudieran enarbolar el máximo símbolo patrio —la bandera— y que la muchedumbre los vitoreara y se solidarizara con ellos en contra de unas autoridades locales que carecen de legitimidad. Que las cosas andan de cabeza en México, ya lo sabíamos, pero el incidente de Los Mochis confirmó esta certeza de manera inesperada, por ser a la vez cruel y ridícula.

En cuanto al discurso de Carlos Salinas en Puebla, el viernes pasado, parece ser una respuesta —quizá un poco tardía— a la necesidad de recurrir a la democracia política para intentar corregir las fallas de fondo del régimen, de las que los desastres de Aeroméxico y de Los Mochis son el par más reciente de muestras.

Ese texto es, en sí mismo, revelador de los dilemas y contradicciones que hoy confrontan quienes, desde lo alto de la pirámide del poder, intentan cambiar la naturaleza de esa estructura en la que están montados, para impedir su colapso.

EL discurso, que apareció completo en este diario el sábado, puede tener, cuando menos, dos interpretaciones: una mala y otra buena. Veamos la primera. Por la forma de los tiempos de los verbos, tras leer el susodicho discurso y tomarlo al pie de la letra, un hipotético lector desprevenido bien podría quedar con la idea de que, según Salinas de Gortari, en el México de hoy, “la batalla crucial contra el autoritarismo” se dio y ganó hace mucho, ¡en los tiempos de Juárez!; se vive en la democracia política desde el triunfo de la Revolución de 1910 cuando el sufragio se hizo efectivo; hay una verdadera y fuerte división de poderes y que “los resultados de los gobiernos revolucionarios, insuficientes siempre, han sido sin embargo espectaculares”, pues nos han legado “una infraestructura económica importante a nivel mundial”, etcétera.

Leído de esta forma —y así lo puede hacer quien quiera— el discurso de Puebla deja al próximo mandatario la tarea de simplemente conservar y perfeccionar algo que básicamente está bien. Visto desde tal perspectiva, el compromiso no es con el cambio, sino con la continuidad.

La interpretación anterior llevaría a los insatisfechos a considerar que el discurso de Puebla apenas si vale el papel en que está escrito. Si el candidato del PRI cree realmente cosas como las siguientes, pues aparecen en su discurso, entonces esta interpretación es válida: “la institución presidencial ha recuperado su genuino sentido republicano”, “contamos con un Poder Legislativo que ha ampliado su representación y aumentado sus funciones”, “...en el ejercicio de la autoridad presidencial no hay capricho o arbitrariedad”. “... la vocación democrática del Presidente Miguel de la Madrid Hurtado”, “tenemos un régimen político estable y eficaz”, etcétera.

Sin embargo, quiero suponer la existencia de elementos para otra interpretación: la que ve lo dicho en Puebla como una especie de manifiesto en el cual —y pese a la inaceptable pero comprensible ambigüedad del lenguaje de alguien que no quiere chocar de frente con los intereses creados— se encierra la promesa de intentar una reforma política fundamental, justamente la que Miguel de la Madrid no quiso encabezar. De ser ese el caso —y las elecciones de julio van a convertirse en la prueba de fuego— lo dicho en Puebla es importante.

Bajo esta segunda perspectiva —la optimista—, resulta que para Salinas la introducción de la democracia política en nuestra realidad —hecho realmente nuevo—, puede ser el mejor ins-

Una Interpretación.- Los Mochis, Puebla, Aeroméxico

Sigue de la página siete

trumento para iniciar el cambio en el sistema político que nos rige y que de cara al futuro ya no es garantía de estabilidad, desarrollo económico, justicia social ni consenso. En Puebla, el candidato del PRI ofreció algo que este gobierno a punto de concluir y todos los anteriores no dieron: "El respeto irrestricto al sufragio." En consecuencia, prometió "aceptar sin cortapisas la voluntad de los electores" y comprometió al PRI en algo muy importante, al decir "aceptaremos nuestras derrotas". En otras latitudes estas promesas resultarían innecesarias por redundantes y hasta ofensivas —pues, ¿para qué promete un derecho supuestamente adquirido desde 1917?—, pero no es ese el caso entre nosotros. En el México de hoy, todos sabemos que hacer realidad el juego democrático significaría introducir un cambio cualitativo en la naturaleza del régimen. Pero lo anterior no fue todo. Salinas se comprometió explícitamente con otras de las consecuencias lógicas de su postulado fundamental. Aceptó gobernar con un sistema real de partidos —que aún no existe, está en gestación—, prometió alentar y respetar la autonomía del Poder Legislativo cuando éste sea capaz de lograrla —autonomía que México no ha visto desde los tiempos de la República restaurada, allá por la segunda mitad del siglo XIX—; también tuvo algunas palabras de aliento para un posible Poder Judicial que tenga poder, y reconoció que la efectiva impartición de justicia y la creación de un cuerpo de policía que realmente dé seguridad al ciudadano, son algunos de los elementos indispensables para que pueda surgir y operar la democracia política, pero aún están ausentes entre nosotros. De cumplirse lo anterior, México vivirá algo así como una revolución salinista, que promete ser incruenta.

Y ya puesto sobre el camino de las promesas democráticas y los compromisos públicos, el candidato del PRI insistió en las virtudes de una verdadera descentralización que redistribu-

ya el poder en la geografía mexicana; se impuso la titánica tarea de reformar a su propio partido, de tal forma que llegue a haber una libre manifestación de la pluralidad interna, así como que se dé la consulta real a las bases y se renueven los procedimientos para la selección de sus candidatos —esto significa que el sucesor de Carlos Salinas ya no será nombrado como lo fue él—. También se comprometió a modificar la naturaleza misma del discurso oficial, de tal manera que éste deje de ser oblicuo y oscuro. De ser eso realidad, entonces el discurso final de la revolución salinista deberá ser muy distinto al de su inicio, pues ya no tendrá ambigüedades, al pan le llamará pan y, al vino, vino.

¿Será verdad que estamos en el umbral de algo nuevo?, ¿en el de la democracia política como condición necesaria para, por fin, situarnos en la democracia social? Hay razones para dudar. Desde el surgimiento mismo del partido oficial, Calles prometió la democracia política, lo mismo hicieron sus sucesores, y todos rompieron la promesa. Sin embargo, ante lo novedoso de las circunstancias —una depresión económica sin paralelo en nuestra historia reciente— tampoco conviene negar desde ahora la posibilidad del cambio. Que el nuevo liderazgo priista sea un converso a la democracia, por conveniencia y no por convicción, importa poco, lo que debemos juzgar son sus acciones, los resultados.

Frente a lo sucedido en Los Mochis o el desastre de Aeroméxico, también ante la depresión de la economía, la necesidad de encontrar viabilidad a nuestro modelo económico o a tantas otras cosas igualmente urgentes y difíciles, creo que lo dicho en Puebla es la única salida realista. Falta por ver si Salinas tiene la capacidad y la voluntad de poner en práctica lo dicho en Puebla... y si los intereses creados lo dejan. En cualquier caso, lo prometido es deuda; guardemos el discurso y vayamos comparándolo con la realidad...